

Por impulso o de modo premeditado, cada lector elige qué máquina artificial –qué novela– lo va a acompañar, unas horas o unos meses. La nueva ficción de Kazuo Ishiguro, *Klara y el sol*, podría entenderse como una metáfora de ese acuerdo de palabra: en su mundo

se venden androides llamados Amigos Artificiales, programados y fabricados para acompañar a jóvenes solitarios o convalecientes. Localizado en un Estados Unidos venidero e inespecífico, bien podría ocurrir en el Japón de hoy, en el que personas son contratadas como sustitutas de otras (parientes, amigos, etc.). Así se ve en *Family Romance Ltd.*, la apacible, melancólica e inestimable película de Werner Herzog, filmada en Tokio y basada en hechos reales. Es lo que en la jerga cotidiana se denomina "llenar un vacío". Son obras que arrinconan al lector o espectador y le insinúan: ¿no seremos todos reemplazantes episódicos, suplentes de turno?

Tras una breve temporada en la vidriera de un local, Klara es adquirida para acompañar a Josie, una adolescente de 14 que enfrenta una enfermedad terminal. Ishiguro, que ha confesado escribir siempre el mismo libro, insiste en conservar el monopolio de las novelas más tristes de la literatura contemporánea. Varias maravillosas, pero desoladoramente atormentadas.

Klara funciona a energía solar, cree que la mala absorción de los rayos le causa problemas de conducta, aprende a calcular las edades de los humanos. Por momentos de manera evidente, por momentos entrelíneas, en paralelo el autor teatraliza ciertos interrogantes: ¿es posible que un androide adquiera lealtad, amor, fe, pena? ¿O basta con que sean sentimientos creíbles para el ser que acompaña? ¿No es un humano justamente capaz de imputarle a otro el sentimiento que más necesita, no importa cuán inverosímil resulte? ¿Cuánta paciencia le tenemos a una máquina? ¿Y al resto? La novela hace equilibrio sobre cuerdas tendidas entre estos polos, mientras Klara abraza una esperanza infinita y llega a rezar.

Ya en sus primeras novelas, y en *Nunca me abandones* y *El gigante enterrado* Ishiguro demostró que una época remota o futura sólo puede contarse desde la intimidad. Igual que en las mencionadas, va tramando un universo cerrado con una lógica interna. Es un sistema que exige una dosis imprescindible, inevitable, de candor. Y acaso sea eso lo que lleva a los humanos de la novela a tener que exagerar el suyo.

Ishiguro siempre trabajó con una verosimilitud más exigida –un sirviente que no se percata de ciertas cosas turbias en *Lo que queda del día*, un pianista interrumpido mil veces en *Los inconsolables*, un clon llevando la voz cantante en *Nunca me abandones*–, pero los interrogantes no cesan en el lector: hasta dónde debe la literatura disimular su artificio, su impostura. Una duda paralela y contigua a la de hasta dónde debe una traducción simular que lo es, que a su vez dispara otra: una máquina puede traducir, pero ¿puede generar lenguaje?

Otorgarle un alma a Klara parece un asunto comprensiblemente indecible para Ishiguro, y tiene su precio; la lengua de la robot es neutra, simple, atada de manos. Es como si una mayor cercanía a lo actual –aquí y en *Nunca me abandones*– le demandara una narración más añeja. Perdonablemente tímida en el terreno verbal, cabe preguntarse si el autor de sus días no podría haber experimentado en Klara, así fuera de a ratos, con un fraseo más infectado de combinatoria, autogenerativo, intervenido por el azar, por la autocorrección o por el



El autor de *Lo que queda del día* nació en Nagasaki en 1954 y se mudó con sus padres a Inglaterra en 1960.

Kazuo Ishiguro. En su última ficción, *Klara y el sol*, el Premio Nobel propone un mundo de androides que acompañan a jóvenes solitarios y convalecientes. Una radiografía provocadora de la vida contemporánea.

UNA ROBOT, DAMA DE COMPAÑÍA

POR MATÍAS SERRA BRADFORD

desvío logarítmico. La de Klara es una voz que, así conviene, por detrás de lo que cuenta no se lleva del todo fluidamente consigo misma (igual sucede con los clones que narran *Nunca me abandones*), quizá porque duda poco, o de formas no legítimas, por decirlo así, no verdaderamente torpes.

No hay nada que Ishiguro deje librado a lo accidental y sabe de memoria que una prosa sencilla –igual que en las fábulas; *Klara y el sol* nació como relato para niños y el título no busca enterrar esa semilla– puede cortejar más lecturas, interpretaciones más variadas. Como buen japonés, como buen inglés, Ishiguro le tiene terror al exhibicionismo (sea estilístico o de cualquier

otra índole). El autor hace *tabula rasa*, ignora la historia de la ciencia ficción y se camufla en el misterio que permite y alienta el cuento infantil, con los permisos que dispensa para lo no explicitado o explicado.

Ya desde su primera novela, *Pálida luz en las colinas*, es eficaz la escritura que Ishiguro se propone, en la medida que en sus páginas lo importante sucede por fuera de ella. El lector avanza emboscado por silencios, pausas, elipsis, omisiones. Es un trámite que complica leerlo en traducción; Ishiguro no ostenta un lenguaje florido pero lo callado no opera del mismo modo en un lenguaje que en otro.

Es más fácil saltarse cosas si uno relata

en el pasado. Es menos fácil hacer creer que uno se distrae en el presente, así sea un robot. Y es más creíble hacer hablar a un robot en ese tiempo verbal, como si ya hubiera ascendido –tras su muerte– al cielo de lo humano. No obstante, detrás de su atractiva cortada temática la novela –cooptada por androides, suena más natural que nunca– no carece de esa suerte de humor involuntario que suele puntuar la agenda de las criaturas de Ishiguro.

La ingenuidad ficticia (*Nunca me abandones*) en ocasiones puede irritar, pero con Ishiguro a menudo uno se pregunta si su intención no es la de impacientar al lector, ponerlo a prueba como en *Los inconsolables* y



Klara y el sol

Kazuo Ishiguro

Trad. Mauricio Bach

Anagrama

384 págs.

Cuando éramos huérfanos. Al autor de *Los inconsolables* –la ficción suya que más hace de la desorientación su matriz y maquinaria– lo tienta descolocar a quien lo lee, de una manera más sutil en sus primeras novelas, de un modo más abiertamente temático y gestual en las últimas. Los modales de un japonés y las ambivalencias de un inglés. Son trucos que en los momentos más desestabilizadores de *Klara y el sol* despuntan otros acertijos: ¿puede una novela aparentar banalidad –como si se hiciera la desentendida del idioma que habla– y a la vez ser la metáfora de otra harta más interesante e inaferrable? El mundo exterior es más predecible; ya fueron comprados los derechos para su adaptación al cine.

De boca del autor

Hace unas semanas, **N** y cien periodistas del mundo hispanoparlante participaron de una rueda de prensa virtual con Kazuo Ishiguro, organizada por su editorial española. Implacablemente honesto y cortés, durante más de dos horas este ciudadano británico oriundo de Nagasaki tuvo la amabilidad de compartir algunas de sus dudas y astucias, que en parte replicaron o expandieron los interrogantes que cada lector venía haciéndose por su cuenta.

Confesó admirar en Bob Dylan, por ejemplo, los sucesivos cambios de estilo y su modo de afrontar la consecuente hostilidad de sus fans: “Es algo que yo quería hacer. Me parecía heroico que estuviera delante de gente que lo abucheaba”. Para un nombre con semejante grado de consagración, es loable que siga arriesgando sus cartas y escriba dispuesto a equivocarse. Lo ratifica la insatisfacción a la que aludió como motor para redactar cada novela siguiente.

Este cronista le consultó si esa insatisfacción es inmediata tras la publicación o va limándolo con el tiempo. Si la incomodidad desde la que siempre parece escribir sus novelas nace de esa decepción. Si es ésta una precondition para que valga la pena un proyecto y si, tratándose de trazados de destino incierto, tiene modo de medir el éxito de la aventura una vez finalizada. “Depende”, contestó Ishiguro. “Incluso antes de terminar me lo preguntaba. ¿Es esto un 70 o un 80% de lo que pretendí decir? Llegado a este punto debería terminar el libro, pero en el proceso de escritura siento el impulso de empezar de nuevo. Aunque empezaría de un modo totalmente diferente, ahora que tengo otros conocimientos en la cabeza”.

Es evidente que como cada una de sus otras novelas, *Klara y el sol* solicitó paciencia para escribirse; por ende, mucha deliberación, que exigió que en ningún momento se produjeran aceleraciones y que cada detalle fuera pensado tres veces. “Para la clase de libros que escribo todo depende del punto de vista. Me importan las limitaciones de esa primera persona, que son las verdaderas ventajas. Me interesa lo que la gente no ve, la falta de perspectiva”, subrayó.

Lo poco que sabe o intuye un autor es si se ha acercado a algo o no y esa distancia no puede explicarse: desconoce de qué se trata su obra *exactamente*. Quizá provocar desconcierto sea fácil para un escritor medio o mediocre. Para uno de la altura de Kazuo Ishiguro, desubicar al lector representa un desafío sin red, insustituible.